

Se comparta la tesis o no, es una forma legítima de ver el problema, con un lenguaje y unos argumentos renovados que por enésima vez dejan abierta la puerta a un debate cuyo final no parece vislumbrarse todavía. Sin duda es de

agradecer, en un medio académico como el español donde hay pocos que se muestren dispuestos a coger el toro de la discusión por los cuernos.

FERNANDO DEL REY REGUILLO

Las Obras Completas de Don Luis Díez del Corral  
Cuatro volúmenes, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998, 3801 págs.

Hace ya un tiempo que circulan las obras completas de don Luis Díez del Corral, editadas por el Centro de Estudios Constitucionales. Se trata de un trabajo editorial en cuatro tomos, que suman en total tres mil ochocientas una páginas. El volumen cuatro contiene un índice onomástico y otro de ilustraciones, las cuales son especialmente útiles para las comprensión plena de algunos de los trabajos más importantes que se contienen en las obras, aquellos, concretamente, en que, como corresponde a una de las características esenciales de Díez del Corral, la forma artística sirve para explicar las ideas políticas y los procesos históricos. Esta edición continúa la Antología de Escritos de Díez del Corral, que editó Carmen Iglesias en el Centro de Investigaciones Sociológicas en 1984. Aquella selección de los trabajos de Díez del Corral estaba precedida de un estudio introductorio en forma de entrevista de la editora con el autor.

Esa introducción se ha conservado tal cual en la presente edición de obras completas, lo mismo que las noticias biográficas y ficha bibliográfica de Díez del Corral. Se trata, pues, de un nuevo hito en la labor de cuidadora y difusora del legado intelectual que de sus maestros, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, viene cumpliendo Carmen Iglesias, la cual ha contado, en esta ocasión, con la colaboración de María Luisa Sánchez-Mejía.

La obra de Díez del Corral es la de un experto y sensible conocedor de las principales encrucijadas por las que ha venido atravesando la civilización europea y su significación para nosotros, analizadas con las herramientas y en la tradición de la historia de las Ideas. El legado clásico greco-latino, en primer lugar, con la marcada querencia de Grecia, así como su utilización y sus transformaciones en épocas posteriores de la trayectoria de Occidente. En segundo lugar, la ruptura moral, intelec-

tual y en gran medida política, representada por la difusión y el triunfo del cristianismo en el mundo romano. Díez del Corral abordó estos problemas, entre otros medios, con análisis especialmente brillantes de San Agustín, un autor para él sin duda estratégico.

El iusnaturalismo del siglo xvii y la Ilustración de la centuria posterior, con especial referencia a Montesquieu, ocupan el tercer lugar y, finalmente, el liberalismo francés (y español) de la primera mitad del siglo xix, aquél que hizo balance de las gigantescas convulsiones de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico e intentó diseñar, con el referente inglés, un sistema de libertad política estable para el continente, capaz de sortear la nostalgia de un Antiguo Régimen idealizado, pero también de la democracia y el socialismo como la culminación necesaria de la obra de la Razón y de la Historia.

En este último terreno, con su tesis doctoral sobre Guizot y el grupo de los doctrinarios, leída en 1944 y publicada al año siguiente, Díez del Corral se convirtió en un experto internacional de primera fila, traducido al alemán en 1964, aunque no al francés, donde el tema sólo ha sido recogido cuarenta años más tarde, en 1985, con la aparición de *Le moment Guizot*, de Pierre Rosanvallon.

La intensa y dilatada atención en el tiempo que Díez del Corral prestó asimismo a Alexis de Tocqueville [don Luis llegó a

jugar con el doble sentido de las palabras cautivador y cautiverio], un autor hoy entre los más grandes clásicos del pensamiento político, pero ignorado hasta después de la Segunda Guerra mundial, fundamentó la amistad entre Raymond Aron y Díez del Corral, ya que don Luis perteneció al comité editor de las obras completas de Tocqueville presidido por Aron. En el caso de Tocqueville, el trabajo de Díez del Corral se concentró en la biografía intelectual del propio Tocqueville, dando lugar a una suerte de continuación de la obra dedicada a los doctrinarios más de cuarenta años antes, con *El pensamiento político de Tocqueville*, aparecida en 1989.

Junto a ese gran bloque de temas europeos es necesario mencionar la atención que Díez del Corral dedicó a la Monarquía Hispánica de los siglos xv al xviii, en su compleja estructura peninsular y universal, tal como la vieron los grandes pensadores europeos, de Maquiavelo y Guicciardini a Montesquieu y Alejandro de Humboldt. En el esclarecimiento de estos temas llama poderosamente la atención las páginas dedicadas a la pintura de Velázquez y otros grandes artistas del xvii español, como Carreño de Miranda, las cuales configuran una vía especial de comprensión de la complejidad territorial y de las tensiones intelectuales y políticas de la Monarquía hispánica. Este recurso a las bellas artes realiza como pocos la calidad intelectual de la obra de don Luis y

acentúa, por otra parte, el parentesco entre esta parte de su trabajo y el de José Antonio Maravall (perspicaz analista también de la pintura de Velázquez), al tiempo que permite distinguir muy bien la personalidad intelectual y el método de uno y otro.

Este interés prioritario por el contenido de las grandes encrucijadas de la civilización europea hacen que la obra de Díez del Corral no se limite a un depósito de erudición expuesta con evidente elegancia, ni siquiera a un conjunto de análisis intelectualmente brillantes, en ocasiones de una gran capacidad persuasiva por sus dotes de observación e interpretación, como el que dedica a la historia de la mirada en el arte, desde los antiguos egipcios hasta Picasso, dentro de sus *Ensayos sobre arte y sociedad* (1955). Más que eso, sus trabajos tienen, sobre todo, una virtud educativa, formadora, del mismo tipo que aquella con la que don Luis justificaba su admiración hacia Tocqueville, cuando destacaba en éste su absoluta falta de dogmatismo, pues, para el pensador y político francés, la investigación lo era todo y las conclusiones lo menos importante. Y esa podría subrayarse como la principal aptitud de Díez del Corral, su capacidad para describir los problemas del pensamiento político, contextualizarlos, tanto con ayuda de la economía y de la sociología como de la estética, y contornearlos a lo largo de todas sus facetas y aristas, de modo que sirvan para pro-

fundizar comparativamente en los autores que los trataron y rastrear en ellos las fuentes de su sabiduría, de su capacidad de idear. La sugerencia, más que la conclusión, y el rechazo por la vía implícita de la exclusión y una tenue ironía, en lugar de la polémica, caracterizan el estilo de Díez del Corral.

Los textos recogidos en el volumen IV de las obras demuestran, por otra parte, que Díez del Corral no vivió nunca ajeno a los problemas intelectuales y políticos de su tiempo sino que los conocía en profundidad y mantenía ante ellos posiciones bien definidas. Su diagnóstico, empero, de la situación intelectual del marxismo en los años sesenta y setenta sólo podía desagradar profundamente a la juventud radical de entonces, lo mismo que su juicio sobre ese mismo movimiento intelectual y político en relación con la civilización europea contenido en su obra más famosa y traducida: *El rapto de Europa* (1954). No puede extrañar por eso que quien como él extraña de los terribles años treinta y cuarenta de la centuria que ahora acaba, aquéllos en que transcurrieron sus estudios universitarios y sus primeros pasos profesionales y académicos, la conveniencia de estudiar y reconstruir el legado del liberalismo doctrinario, tuviera dificultades para transmitir su propia experiencia y el saber crítico que atesoraba en la Universidad mäsificada, radicalizada y con una nutrida presencia policial de los últimos años del franquismo. La

presente edición de las obras de Díez del Corral ofrecen así, además de una muestra de lealtad intelectual y personal, una excelente base para difundir un modo de pensar por parte de todos aquellos que experimenten la

atracción de las grandes dosis de belleza, lucidez y oficio de historiador que encierran al servicio de lo mejor del legado de la civilización europea.

LUIS ARRANZ NOTARIO

*1968. Magnum en el mundo.*  
Textos de Eric Hobsbawm y Marc Weitzman.  
Lunwerg, Barcelona, 1998.

Si fuésemos requeridos a citar los acontecimientos históricos (esto es, aquellos acontecimientos que imprimen un carácter impredecible al curso de la historia y que, en todo caso, inciden en un cambio duradero en las estructuras de la sociedad) más significativos de la década de los 60, a buen seguro que la ola de protesta vivida en París en mayo de 1968 figuraría en un lugar prominente. Los medios de comunicación de masas han convertido las asambleas en el campus de la Sorbona, los enfrentamientos entre estudiantes y policías en el Barrio Latino o la manifestación gaullista a lo largo de los Campos Elíseos en iconos de nuestra cultura de masas. Tal vez sea algo inherente a la lógica de funcionamiento de los mass media simplificar en un momento y lugar concreto una serie de protestas colectivas de alcance mucho más amplio y complejo. Porque, en efecto, 1968 fue testigo de movilizaciones colectivas que trascienden las fronteras francesas. Y eso es

algo que este libro de fotografía que comentamos viene a corroborar.

El libro goza de una unidad temática incuestionable. En efecto, todas las fotos (de la mano de firmas tan legendarias de la agencia fotográfica Magnum como Henri Cartier-Bresson, Marc Riboud y Josef Koudelka, entre los más de 30 fotógrafos representados en el libro) tienen que ver, de una manera explícita en ocasiones, soterrada en otros casos, con el ciclo de protesta que recorrió las calles de lugares del mundo tan variados como París, Washington, Praga, Berlín, Tokyo o México D. F. Tal y como se encarga de subrayar en un magnífico prólogo el historiador Eric Hobsbawm, 1968 fue un año en el que se vivieron acontecimientos históricos en los tres mundos que acostumbraban a distinguir los analistas de la época: Occidente, el bloque comunista y el «tercer mundo.» Esta es, pues, una de las conclusiones de este libro: que, frente a cualquier imagen reduccionista que se empeñe en